

REFRIEGAS SALVAJES

Mientras los del pueblo se matan, los políticos comen, beben y se abrazan. J. M. A.

Ya no es la palabra razonada la que convence y la que hace marchar con altivez hacia el campo de la Justicia, del Deber y del Honor; ya no es la discusión la que enciende la luz de la verdad para alumbrar el camino por donde han de pasar los coronados del triunfo; ya no es el amable conciliábulo particular el que designa la dicha de la prosperidad y que hace que las aves de un mismo nido se reconcilien sobre una misma paja, sea húmeda o tibia.

Ahora se ha echado un velo a la civilización, a la amistad lisonjera de los conciudadanos, para descubrir el cuadro negrusco y atarrador del salvajismo común.

La palabra convencedora ha sido sustituida por la bofeta vulgar. Al criterio sencillo a veces, y otras alterado de los apasionados, ha sucedido la blasfemia, el garrotazo, la estocada. La audacia de los caníbales modernos trae tintes de inquisición, como si hubiéramos abandonado el nimbo plácido de la paz para entrar de lleno en una execrable cueva de rufianes.

No es que el apasionamiento haya querido poner un ardor en el pecho, sino que ese desbordamiento que antes de ser febril y entusiasta es inculto, ha dado en el alma una estocada de dolor, porque no nos consideramos viviendo en las islas abruptas de Oceanía donde las gavillas de salvajes destruyen con los dientes a la humanidad civilizada.

Es así de lastimoso el cuadro presente. La política nos está dejando rezagos de festín macabro.

Es casi funesto ser partidario de cualquier candidato porque su simpatía puede pagarla con el único derecho autorizado por la Naturaleza: el derecho de tener vida y ser consciente.

Aquí no cabe protesta sino conmiseración: lamentarse del pueblo y de los gobiernos que no han podido refrenar el impulso de su rebeldía insensata para tomar el camino recto de la cordura, que sin tropiezos conduce al éxito.

Los políticos de periódico, los oradores y los caudillos, POR ESE MISMO JACTANCIOSO BIEN-ESTAR QUE LE DESEAN AL PUEBLO, debieran desligarse un tanto siquiera de la pasión ensordecedora a veces, para decir a las multitudes cuál es el rumbo de la batalla honrosa y cuál es el pináculo de la grandeza a donde se ha de colocar el estandarte del triunfo, el cual para que brille airoso y sea siempre immaculado ha de llegar sin manchas de ignominia a las cumbres del Capitolio.

Así las generaciones nuevas no tendrán vergüenza de alzarlo en hombros y lanzarse con él a las futuras luchas.



Los Postulantes

CONGOJAS DESPUÉS DEL 8 DE MAYO DE 1914



Tipo del postulante

Es un héroe!— Con su cara bronceada y sus ojos negros tristes, donde de se refleja la nostalgia de pasados días de «propaganda», aguarda cinco horas al día, desde que transcurrió el tan deseado 8 de mayo, en la entrada suntuosa del Palacio Nacional, al diputado comprovinciano, oficialista influyente, que lo trajo de su pueblo con la halagadora promesa de una excelente ubicación presupuestiva.

Sereno, indiferente al fuego abrasador del sol o a las gélidas caricias de las brisas invernales, espera a pie firme la realización de la promesa. Ubicarse en un ministerio, dormir la clásica modorra de la región natal, beatíficamente arrellenado en el muelle sillón de la oficina rutinaria, al amparo de los noventa o cien colones mensuales, en medio de cuya plácida quietud se va dejando insensiblemente, sin sacudidas, sin desgarramientos, los años de vida.

En los varios meses de angustiosa espera, ha visto salir y entrar mil veces al diputado amigo. Otras tantas le ha interrogado con voz trémula, tembloroso, en la mano el sombrero, y el pseudo mecenas ha contestado siempre con la misma palabra, envuelta en una fingida sonrisa:

—¡Esperel... ¡Paciencia!

El sol empieza a declinar; los altos edificios cercanos proyectan ya su sombra sobre la Plaza de Artillería; las hojas de las pacañas del Imperial, largas como espadas en acecho, asumen tonalidades de oropel diluido por el rojo de fuego del astro rey...

El reloj de la Catedral, con su monotonía de convento, ha dado cuatro campanadas. Las oficinas se clausuran y el heroico postulante, pensativo y triste emprende a paso lento el camino de su casa.

—Mañana será otro día—dice para sí, mirando las sabrosas confituras de «La Magnolia».

Y llega el mañana, y con el sol de medio día se reinicia el movimiento oficinesco. Allí está otra vez el provinciano. Hay que ser activo y constante. Ya obtendrá una íntegra revancha cuando su

nombre figure en las suspiradas planillas del presupuesto.

Sus ojos, reveladores de la necesidad, escrutan la amplia rotunda de la Avenida Central. Mira a todos lados a ver si columbra la silueta apoplética y cachacienta del congresal, y después de un sostenido esfuerzo de óptica, se recoge a la sombra cansado y triste. Es en esos momentos cuando su cara asume el escudo de las desesperanzas, que dejan los desmayos de la voluntad.

Da pena observarlo. Así son de lastimosas las congeturas de su semblante. Mejor hubiera aprendido aunque fuera a cajista de imprenta, que al menos no andaría a caza del erario público.

Pero hete aquí que divisa al diputado protector. Un apretón de manos, un saludo y enseguida la frase sacramental:

—Ahora voy a ver al ministro, amigo. Espéreme.

El postulante, el ingenioso vagabundo, deja asomar a los labios una sonrisa de esperanza que le trasmuta por completo. Revive y se anima... y espera.

Pasan las horas, largas, lentas y abrumadoras. Cada una de ellas parecen haber asumido la extensión de un día y todas juntas un año. Pero él espera, acariciando con reconcentrada voluptuosidad el ideal de la revancha para después del nombramiento. Es el alimento de sus hambres de hoy, la esperanza del mañana. Y su sangre corre silenciosa por las arterias infundiéndole todo eso que el desengaño le arrebató: calor, alegría, entusiasmo.

El sol declina nuevamente. Las oficinas se cierran, grupos de empleados salen a la calle. Allí viene el diputado, llega, lo aborda y éste, con la misma sonrisa de siempre, con esa tonadita musical de los personajes ticos, le repite lo de todos los días:

—No hay nada, amigo. Vuelva mañana. Paciencia...

Y el heroico postulante se marcha abismado otra vez en sus reflexiones, librando una tenaz batalla de ensueños y desengaños allá en lo íntimo de su espíritu. Se va para volver mañana, a la misma hora, al mismo sitio, al mismo fin.

Indudablemente ¡es un héroe!

PENSAMIENTOS ESCOGIDOS

Para conducir una mujer inocente por el camino de la Virtud, basta con las acciones; para arrastrarla al abismo de la corrupción, se necesita emplear engaños, promesas falsas y a veces hasta violencias.

PARA "LA ÉPOCA"

Estamos ante todo por la libertad del hombre y sus ideas. Por eso y porque no somos retrógrados, ni cegados en las cavernas del ocultismo, es que tratamos de defender con la energía de los hombres legales, la integridad personal de un hombre centroamericano, no tanto por él porque como obrero que es podría ganarse la vida en cualquier parte, sino por el prestigio y buen nombre de nuestra patria.

Además, nuestra actitud será siempre levantada, mal que le pese a los buenos «santiguados».

No queremos tampoco tocar puntos doctrinarios del fetichismo agudo porque es muy dolorosa la verdad, y antes nos abrazamos con fervor a la cruz de la conciencia propia.

Es natural creer que cuando el mundo esté poblado de sombras, se habrá extinguido la luz.

Las escuelas son el orgullo de las naciones

El más grande orgullo de una nación no debe consistir en mantener un numeroso y brillante ejército, con poderosas máquinas para destruir, sino en tener muchas escuelas, bien organizadas y mejor difundidas; porque el perfeccionamiento de los sistemas de la casa Krupp para destruir la vida no es progreso sino barbarismo; pero sí es progreso la escuela porque en ella se encuentra el medio para hacer al hombre más sabio, más humano y a las naciones más cultas. Los Krupp y los Colt, terribles fabricantes de las máquinas de destruir, son las grotescas figuras del retroceso; el sabio Pestalozzi, a través de las edades, es la figura simbólica del progreso, y el progreso es un conjunto de verdades conquistadas.

Femeninas-

LAS BOMBONERAS

Estas obreras se dedican en los talleres de las grandes ciudades europeas, a vestir y adornar muñecas, con tal minuciosidad, que no les falta el menor detalle, ni el ridículo actualmente tan en boga entre las mujeres, (1) ni los minúsculos zapatitos de charol, ni el diminuto paraguítas, todo en proporción al tamaño de la muñeca. Estas muñecas sirven para adornar las vitrinas y los muebles de los salones. Los precios no son muy bajos, pues como cosa de moda, y sobre todo de gusto, se pagan de 25 a 50 francos por cada muñequita.

Pero lo más interesante y lo más consolador es que semejante trabajo, tan propio de manos femeninas, ofrece a la mujer un nuevo campo y un nuevo medio de vida que suma a los muchos que va conquistando en las diversas fases del trabajo.

Envío de Emilia Castro Salas

(1) Más adelante, si mis compañeros de «La Aurora Social» me lo conceden, trataré sobre la fea costumbre de usar postizos.